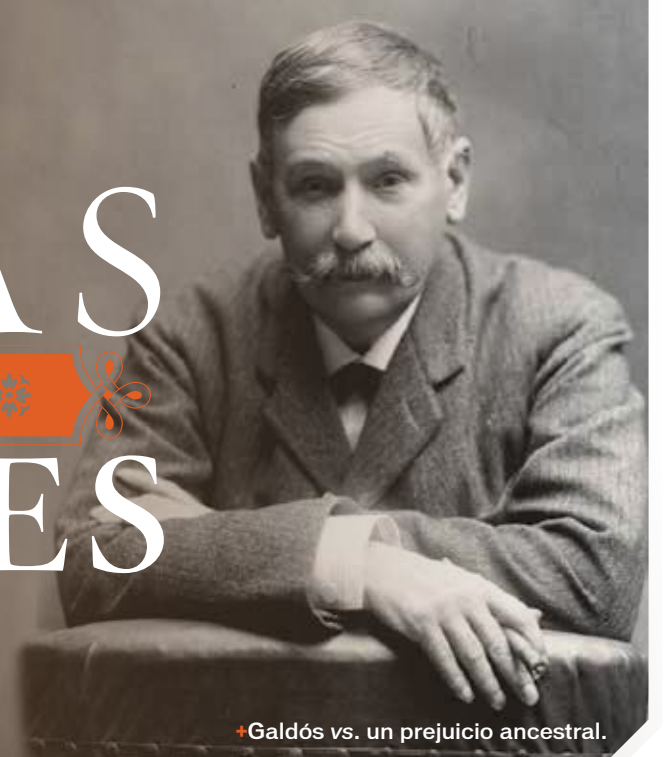


LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



★ Galdós vs. un prejuicio ancestral.

84

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2013

DIARIO INFINITESIMAL

EL GALDÓS DE SARA SCHYFTER

HUGO HIRIART

El drama de los judíos españoles es el drama del exclusivismo español. Consiste este exclusivismo en establecer la equivalencia entre español y católico. Ser español es ser católico. ¿Y los musulmanes que durante ochocientos años ocuparon la península? Esos nuevos españoles son intrusos, la hispanidad se forjó en la lucha por expulsarlos. ¿Y los judíos que vivieron en España desde antes de la invasión árabe? Esos tampoco son españoles, son también intrusos.

El exclusivismo español no sintió la diversidad como lo que es, riqueza, sino como lo que no es, amenaza. Y lo diverso, lo no católico, fue perseguido con ferocidad y saña. La ansiedad discriminatoria no se detuvo con la expulsión, o el asesinato de quienes siendo judíos o moros osaron permanecer en la península. La sociedad se dividió en cristianos viejos, esto es, quienes no tenían ancestros judíos o moros. Los cristianos nuevos, aquellos que, como bajo los nazis, eran hijos o aun nietos de judíos o moros, fueron sobajados y cayeron a ciudadanos de segunda o tercera clase, eran mal vistos o no podían, por ejemplo, ascender en el ejército ni en la administración.

De este ambiente adverso, represivo, peligroso, desaparecieron, como es natural, los judíos. Cuando Galdós sale a escena en el siglo XIX, los españoles no tenían experiencia directa de lo que era un judío. De los judíos solo quedaban en los españoles prejuicios y fantasías hostiles alimentados por las prédicas necias que aseguraban que los judíos, que habían rechazado a Cristo, eran culpables de su muerte. Esta ignorancia entera acerca de cómo eran los judíos duró en España siglos, es seguro que en parte permanece todavía. En 1985 vivimos en Madrid mi familia y yo. A Soledad, la muchacha que nos ayudaba, mi hija Ximena, de unos diez años entonces, le contó que éramos judíos. La muchacha, que era madrileña, abrió los ojos asombrada, no podía creerlo, no puede ser, ¿lo dices de broma, verdad? Que una familia como cualquier otra, normal, estuviera compuesta por judíos era impensable. Quién sabe qué imágenes de los judíos hayan poblado su cabeza.

Aquí entra el análisis de Sara Schyfter de las novelas de Galdós en su libro *Los judíos de Benito Pérez Galdós* (Jus, 2013). ¿Qué estrategia va a usar el maestro para eludir los prejuicios? Porque los españoles, como Soledad, suponen que los judíos tienen rasgos peculiares, idiosincrásicos y que estas idiosincrasias son casi todas perversas. ¿Qué puede hacer Galdós para combatir este antisemitismo inconsciente y desarticulado?

Galdós en la novela *Gloria* presenta una pareja de amantes, ella, Gloria de nombre, cristiana; él, Daniel Morton, judío. En Morton, escribe Sara Schyfter, Galdós “consigue crear, posiblemente por vez primera en la literatura española, una imagen positiva y digna de los judíos. Es por ello que Galdós camufla la identidad del personaje hasta el final; si la religión de Morton se hubiera conocido desde el principio, el antiguo prejuicio cristiano y español hacia el judío habría dificultado que los otros personajes lo aceptaran, y por lo tanto, habría ensombrecido y contaminado cualquier imagen favorable del judío que el autor tratara de crear”.

Esto es, Galdós “camufla” –dice la autora– a Morton, “presenta un hombre de ideas, valores y principios absolutamente admirables y respetables que además nunca han estado en conflicto con las enseñanzas cristianas”.

El personaje de Galdós es poseedor de prestancia y excelencia, el lector se identifica con él y, ya producida la identificación, revela que se trata de un judío. El prejuicio ancestral, la fantasía antisemita, se cuartejan, pierden pie. Al siniestro personaje troquelado por la ignorancia y la desinformación se opone un buen hombre común y corriente, pero digno y apreciable.

El prejuicio arranca cosificando, el judío es esto o aquello. Aquí entra un concepto de empleo inmundo, cuando

no trágico, el concepto de raza, la raza judía. Pero ser judío no es pertenecer a una raza. De hecho, si el modelo para hablar de raza son los perros, entonces no hay razas humanas, ya que no hay especialización ninguna, todos los humanos tenemos las mismas capacidades.

Ser judío no es ser de una u otra manera, resalta en las novelas de Galdós, sino es pertenecer a una cultura, una cultura que ha sobrevivido desde prodigiosa antigüedad, o si se prefiere el judío pertenece a una etnia peculiar, etnia que comprende la inmensa variedad de modos de ser humanos, como cualquier otra etnia.

La personalidad de Daniel Morton es compleja. No queda espacio para desenvolver esta personalidad. Así que me limito a recomendar que exploren entero el asunto leyendo *Los judíos de Benito Pérez Galdós*.

Voy ya a terminar. Fernando del Pulgar fue político importante y gran historiador. Nació entre 1430 y 1435. Criado en la corte, gozó de esmerada educación. El rey Enrique IV lo envió de embajador a la corte de Francia, siendo rey Luis Undécimo, y en 1473 fue embajador en Roma. Al comienzo del reinado de Isabel la Católica fue elegido secretario de la reina y le fueron confiadas delicadísimas misiones. En 1481, de unos cincuenta años, retiróse de la corte marchando a su casa de Toledo. Pero fue llamado de nuevo a la corte para confiarle la crónica del reinado de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos. Escribió la crónica y ahí está, es un libro muy hermoso, de gran prosa y de observación minuciosa y cumplida. Pulgar es también autor de un libro canónico en las letras españolas, *Claros varones de Castilla*, un clásico, puede leerse y releerse siempre con deleite e instrucción. Pues bien, este hombre, Fernando del Pulgar, era judío.

¿Qué pasó ahí en España? Quién sabe, no alcanzamos a entender la lógica del rechazo, la expulsión y el duradero rencor, la lógica del exclusivismo fanático. No entendemos, porque judíos fueron también don Sem Tob, don Alonso de Cartagena, el exquisito poeta Juan de Mena, Rodrigo de Cota, autor del inmortal *Diálogo entre el Amor y un viejo*, don Fernando del Pulgar, ya mencionado, Fernando de Rojas,

autor de *La Celestina*, obra maestra, Luis Vives, fray Luis de León, Mateo Alemán, Jorge de Montemayor, Santa Teresa, el anónimo autor de *Lazarillo de Tormes*, y, bueno, Cervantes mismo, entre otros maestros, tuvieron todos sangre judía...

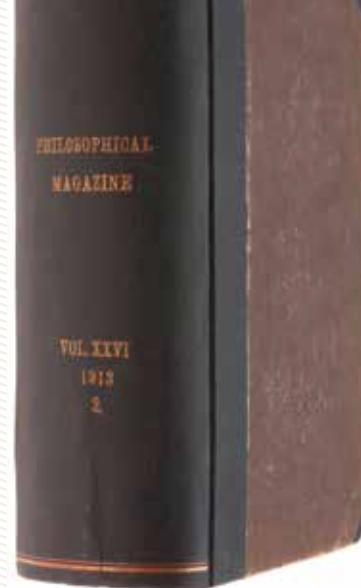
El libro de Sara Schyfter arroja luz, una luz discreta, puntual, acerca de estos misterios, los enigmas que rodean la larga y dramática jornada de los judíos en España. —

CIENCIA NIELS BOHR, PORTERO ATÓMICO

✎ JUAN NEPOTE

Ante un viejo amigo periodista, Albert Camus aseguró que todo lo que sabía sobre moral lo había aprendido durante aquellos años felices en los que jugó fútbol en Argelia, resguardando la portería del Racing Universitaire d'Alger. Camus vino a este mundo en 1913, el mismo año en que un insólito científico danés publicó uno de esos pocos trabajos auténticamente revolucionarios, a pesar de su insípido título: "On the constitution of atoms and molecules", repartido en tres entregas (julio, septiembre y noviembre) de la revista *Philosophical Magazine*.

El autor era un joven de 27 años llamado Niels Bohr, quien presumía de una vasta experiencia futbolística: se había desempeñado, con decoro y esmero, como portero del Akademisk Boldklub Gladsaxe de la Universidad de Copenhague. No sabemos si las horas que pasó en la portería sirvieron de escuela para la formación de sus valores, pero ciertamente resultaron determinantes para un episodio concreto de su carrera como científico. Antecedido por un gran prestigio, Bohr llegó en 1911 al Laboratorio Cavendish, en Cambridge, Inglaterra, intrigado por la composición básica de la materia en una época en que la naturaleza y el comportamiento de los átomos era el tema más sugerente entre los científicos —a pesar de que aún nadie podía decir con certeza qué era exactamente un átomo—. Pero Bohr no consiguió sincronizarse con sus colegas: su dominio de la lengua inglesa



+Bohr y la imaginación científica.

resultaba deficiente, su interés por los complejos modales ingleses era nulo. Desesperanzado, Bohr se enfrascó en la lectura de las obras de Dickens con el auxilio de un diccionario, resuelto a hacerse entender. Para su buena fortuna, las cosas cambiaron cuando llegó el neozelandés Ernest Rutherford —el mismo que había anticipado la existencia del protón y demostrado la existencia del núcleo atómico— al Laboratorio Cavendish; audaz, vehemente, irascible, era uno de los líderes mundiales en investigaciones sobre radiactividad. Fue Rutherford quien supo adivinar cierta misteriosa esperanza en aquel danés de aspecto lúgubre —cejas anchas y pobladas, gruesos labios colgantes—, incapaz de completar una sola idea cuando hablaba con aquel ritmo pausado hasta la desesperación. Para defenderlo de las constantes burlas, Rutherford sentenció, categórico: "Bohr es diferente: juega al fútbol."

Desde luego, Bohr era *diferente*. Y su colaboración con el neozelandés de gran bigote se transformó en cuantioso alimento: así fue como se enteró del descubrimiento de Rutherford sobre la desintegración de los átomos y de su método especial para estudiar al átomo bombardeándolo con partículas subatómicas; entendió el modelo atómico propuesto por Rutherford, que exhibía al átomo como un minúsculo sistema solar con un núcleo de extraordinaria densidad en su centro. Para aquellos días ya se había detectado la presencia de los electrones, los protones y el núcleo dentro del átomo; ya los físicos habían encontrado cierto consuelo

en el artificio matemático del alemán Max Planck, con el que se proponía que la energía se halla en la naturaleza distribuida en paquetes, a los que llamó *cuantos*. Sin embargo, Bohr no encontraba respuesta a una sencilla pregunta: *¿por qué el electrón no obedecía las leyes de la electricidad?* Y es que los electrones, al tener una carga negativa, debían ser atraídos irremediablemente hacia el núcleo del átomo, con carga positiva. Bohr supo sintetizar los últimos avances de sus colegas, y a partir de ello construir su propio modelo atómico (el que publicó en 1913) para explicar que los electrones se localizan en órbitas bien establecidas, y que al pasar de una órbita a otra absorben o emiten energía. Aquello significó un terremoto en la ciencia, el acta de nacimiento de la física atómica, la inauguración de uno de los periodos más prolíficos de la imaginación científica. Luego el modelo atómico de Bohr fue ampliado, mejorado, por colegas como Sommerfeld y Schrödinger y por el desarrollo de la física de partículas. Pero buena parte del germen de la revolución científica del siglo XX se localizaba en aquel trabajo que Bohr publicó hace cien años, inesperadamente, visionario y feliz.

“En el fútbol aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me sirvió mucho en la vida”, decía el portero Albert Camus. Sin duda, su colega Niels Bohr habría estado de acuerdo. —

RESCATE HISTÓRICO DIARIO DEL GRAN INCENDIO DE LONDRES

✎ JOHN EVELYN

Septiembre 2, 1666. En esta noche fatal, cerca de las diez, comenzó el deplorable incendio cerca de Fish Street, en Londres.

Septiembre 3, 1666. Hubo rezos públicos en casa. El incendio continuaba, después de la cena tomé un coche con mi esposa e hijo y nos dirigimos a la ribera en Southwark, desde donde contemplamos ese espectáculo desastroso: la ciudad entera en llamas atroces cerca de la orilla del agua; todas las casas, desde el Puente, a lo largo de



+“El plomo derretido fluía como un riachuelo.”

Thames Street y hacia Cheapside, y luego hacia Three Cranes, han sido consumidas; y regresamos, perplejos en extremo por lo que pasaría con las demás.

El incendio continuó toda la noche (si es que puedo llamarla noche porque estaba tan iluminada como un día, de un modo terrible, a diez millas a la redonda) dado que conspiró con un feroz viento del este durante esta seca temporada. La conflagración fue tan universal y las personas estaban tan sorprendidas que, desde un inicio, no sé por qué abatimiento o qué destino, apenas si se revolvían para sofocarlo. Por ello no se escuchaba nada ni se veía nada más que llantos y lamentaciones y correrías como de criaturas distraídas que no hacían intentos por salvar sus bienes. Tan rara consternación se posó sobre ellos que quemaba a todo lo largo y ancho iglesias, salas públicas, el Royal Exchange, los hospitales, los monumentos y los ornamentos; saltaba de modo prodigioso de una casa a otra, de calle a calle, a grandes distancias unas de otras. Porque el calor, debido a un clima cálido y propicio, había incluso encendido el aire y preparó los materiales para crear el fuego que devoró de manera increíble casas, muebles y todo. Aquí vimos al Támesis cubierto de bienes flotando, lleno de barcasas y botes colmados de lo que algunos habían tenido el tiempo y el valor de salvar, y en el otro lado del río, los carros y demás que se adentraban en los campos, llenos por millas de vehículos de todo tipo y de tiendas levantadas para albergar tanto a la gente como a los bienes que pudieron salvar.

¡Que Dios permita que mis ojos, que ahora miran diez mil casas todas en llamas, jamás contemplen algo similar! El ruido, las rajaduras y los tronidos de las flamas impetuosas, los gritos de las mujeres y los niños, las prisas de la gente; el derrumbe de las torres, las casas y las iglesias era como una tormenta espantosa.

Las nubes, hechas de humo, eran lúgubres y después de hacer un cálculo se extendían por casi cincuenta millas. Así dejé la ciudad en llamas esta tarde, semejante a Sodoma o al Último día. Me obligó a pensar en aquel pasaje —*non enim hic habemus stabilem civitatem*—; las ruinas semejantes a la imagen de Troya. Londres fue, pero ¡ahora no existía más! Así, volví.

Septiembre 4, 1666. El fuego continúa y ahora ha llegado tan lejos como el Templo Interior. Las piedras de la catedral de San Pablo volaban como granadas, el plomo derretido fluía por las calles como en un riachuelo y el pavimento brillaba coloreado de un rojo feroz, de tal forma que ni caballo ni hombre podía transitar por ellas. Y las demoliciones habían frenado todos los pasajes así que no podía llevar ayuda. El viento del este aún más impetuoso seguía empujando las llamas hacia delante. Nada salvo el poder del Todopoderoso las podía detener; la ayuda del hombre era en vano.

Septiembre 5, 1666. Ha cruzado hacia Whitehall. Pero, ¡oh, la confusión que hubo en la corte! Fue del agrado de su majestad ordenarme, de entre los demás, a observar la extinción en la zona de Fetter Lane, y preservar, de ser posible, aquella parte de Holborn.

Entre tanto, el resto de los caballeros ocuparon sus distintos puestos, algunos en una zona y otros en otra, y empezaron a considerar que nada pondría fin al incendio más que estallar casas como para abrir una brecha más ancha de lo que se había hecho por el método tradicional de tirarlas con máquinas. Esto lo habían propuesto unos corpulentos marineros tan al principio del incendio que se habría salvado casi toda la ciudad, pero algunos tenaces y avaros hombres y concejales no lo permitieron porque sus casas habrían sido las primeras.

Los embarcaderos de carbón y madera y los almacenes de aceite, colofonia y demás, causaron innumerables problemas, así que la invectiva que yo había dedicado a su majestad y publicado poco antes, en la que advertía de la dificultad que sería alojar esos almacenes dentro de la ciudad, fue vista como profética.

En esa calamitosa condición volví con el corazón contrahecho a casa, agradecido y bendecido por la especial piedad de Dios hacia mí y los míos, quienes en medio de toda esta ruina, como Lot en mi pequeño Zoar, estábamos sanos y salvos.

Septiembre 7, 1666. Partí esta mañana a pie desde Whitehall hasta el Puente de Londres, a través de la que había sido Fleet Street, Ludgate Hill por la catedral de San Pablo, Cheapside, el Exchange, Bishopsgate, Aldersgate y hacia los Moorfields, todo con gran dificultad, trepando por encima de escombros todavía humeantes. La tierra bajo mis pies estaba tan caliente que incluso quemó las suelas de mis zapatos.

A mi regreso, me preocupó aquella bendita iglesia, la catedral de San Pablo—ahora una triste ruina; su bello pórtico hecho pedazos, los fragmentos de las piedras más grandes tiradas por ahí—. Nada quedaba entero salvo la inscripción en el arquitrabe que informaba quién la había construido; ¡a esta no le faltaba ni una letra! Era sorprendente ver cómo esas inmensas piedras habían sido calcinadas por las llamas, de tal manera que todos los ornamentos, las columnas, los frisos, capiteles y las proyecciones de cantera de Portland estallaron hacia todos lados, incluso

hacia el techo, donde una plancha de plomo que cubría un gran espacio estaba totalmente derretida.

Las personas, que ahora caminan entre las ruinas, parecen seres en un desierto lúgubre, o mejor, en una gran ciudad destruida por un enemigo cruel. A esto se le sumaba el hedor que surgía de los cuerpos de las pobres criaturas, de sus camas y de otros bienes combustibles.

No me fue posible pasar por ninguna de las calles más angostas, y me mantuve en las más anchas. La tierra y el aire, el humo y el fiero vapor seguían tan intensos que mi cabello casi se quema y mis pies estaban intolerablemente lastimados. Las callejuelas estaban tan llenas de escombros que nadie podía saber dónde estaba salvo por las ruinas de alguna iglesia y algún edificio público que tuviera alguna torre o promontorio aún en pie.

En medio de toda esta calamidad y confusión apareció, no sé cómo, un rumor que advertía que los franceses y los holandeses, con quienes estábamos enfrentados, no solo habían desembarcado sino que estaban entrando a la ciudad. En días pasados, es verdad, había grandes sospechas sobre una posible alianza entre esas dos naciones, y ahora se sospechaba que ellos habían prendido fuego a la ciudad. Este reporte causó tanto terror que de pronto se creó tal alboroto y tumulto que la gente dejó sus bienes y se armaron como pudieron y se abalaron contra los miembros de aquellas naciones que por casualidad se toparon en el camino sin que mediara razón ni sensatez.

Septiembre 10, 1666. Salí de nuevo a las ruinas, porque esta ya no es más una ciudad. —

*Traducción de Pablo Duarte
de fragmentos del diario de John Evelyn*

LO CRUCIAL DE LO COTIDIANO TUMBLR

GEORGINA CEBEY

Tumblr (/tʌmblɹ/) es una red social para compartir, entre otras cosas, imágenes. Simple para un rincón del internet que

consigue que 75 millones de entradas se publiquen por día. Tumblr no es una plataforma para compartir lo que hacemos día con día. Tampoco sirve para tener a los contactos cerca, o para recibir invitaciones a eventos y es casi imposible que en esta red social recibas felicitaciones en tu cumpleaños o que alguien publique la ecografía de su embarazo. El número de caracteres que utilices tampoco importa. La cosa va más o menos así: uno accede a su escritorio y ahí se despliega el contenido que han posteado las personas que sigues; imágenes, animaciones gif, videos, música. El tipo de cosas que pueden aparecer en la pantalla depende del gusto de cada quien, pues Tumblr es un universo de temáticas inimaginable, desde proyectos de documentación, textos y frases, fotografías, blogs institucionales, bitácoras, hasta páginas dedicadas a zombis, pizzas y gatitos, tatuajes extraños, portadas de libros, contenido pornográfico, etc. Además de observar y rebloguear, existe una función que permite almacenar material en una sección de favoritos, como un álbum de recortes en línea.

¿Algo con esas características podría ser importante? Anotaré, primero, que no es importancia sino fascinación lo que genera Tumblr. La monotonía de la repetición y el continuo fluir de todo tipo de contenidos produce un tipo de experiencia hipnótica que permite que algo ahí se exprese constantemente sin importar el origen o la intención de un autor. En esta plataforma de “microblogging” poco importa la autoría, sino la acumulación—ocurre algo similar a lo que el filósofo alemán Walter Benjamin apuntaba sobre las fotos en su *Pequeña historia de la fotografía*: “ya no podemos considerarlas como productos individuales; se han convertido en hechas colectivas, y por cierto de modo tan potente que para asimilarlas no hay más remedio que pasar por la condición de reducirla”—. La plataforma apunta hacia la reducción y los curiosos mecanismos que esta adquiere; pocos se preguntan, por ejemplo, sobre la identidad de los retratos que naufragan en un *feed* que se alimenta de contenido segundo a segundo.

En el fragmento y lo inasible aparece la metáfora del tiempo actual y lo que ofrece Tumblr. En un terreno infinito para perderse, Tumblr permite crear un archivo personal capaz de incrementarse en cuestión de unos cuantos clics. Es, en síntesis, la posibilidad de almacenar aquello que puede ser olvidado fácilmente, lo que se atesora por razones inexplicables—pienso en los álbumes fotográficos que toda madre conserva—. Pongo un ejemplo: en mi almacén de favoritos hay una cantidad considerable de fotos de museos: el edificio, salas, registros perfectos de obras o simples fotografías de turistas que posan frente a obras de arte. Imágenes nada relevantes pero que, en conjunto, me hablan de una idea en construcción que constantemente se aparece en mi escritorio porque así he decidido perderme. Somos lo que vemos.

La crítica a la calidad, originalidad y disparidad de contenidos viene acompañada de un ejercicio de resignificación constante. Cuando se es consciente de estar frente a una pantalla que en segundos hace visible un fragmento del mundo, que además podemos almacenar en nuestro archivo virtual, la fascinación que puede provocar Tumblr se hace evidente. ¿Tumblr es importante? Probablemente no, pero funciona como un atlas del presente que, además, está disponible en línea. El flujo continuo de datos, lo inmaterial y la acumulación de los ecos que nuestro tiempo produce intentan articularse en algún blog, formando conjuntos tan extensos como las constelaciones. Tumblr sirve como afirmación de nuestra condición contemporánea. Seguramente Benjamin lo usaría. —

GENEALOGÍA

ESCALERAS, ESCALETAS Y ESQUELETOS

MANUEL PEREIRA

Por la Escalera de Jacob (Génesis, 28: 12) suben y bajan los ángeles que el patriarca vio durante un sueño. El cine satanizó ese puente entre la tierra y el cielo, y dio lugar a una genealogía de los peldaños que ya forma parte de la mitología del celuloide.

En *El gabinete del doctor Caligari* (1920) se insinúan algunas escaleras distorsionadas, pero todavía sin gran protagonismo. Dos años después Murnau nos muestra en *Nosferatu* la primera escalera realmente escalofriante. El vampiro sube hacia la alcoba de su víctima mientras su silueta de alargadas garras se solidariza con la sombra expresionista de la balaustrada.

En 1925, Eisenstein inventa el montaje de atracciones en la famosa “escalinata de Odesa” donde las fuerzas del mal descienden peldaño tras peldaño masacrando a la multitud mientras el cochecito con el bebé cae por los escalones. Ese cochecito se transformará más tarde en un elemento asociado a estas escaleras tenebrosas: la silla de ruedas.

En 1931, Tod Browning estrena *Drácula*, donde Béla Lugosi baja una majestuosa escalera en ruinas, rodeado de telarañas y aullidos de lobos. Descontando *Los 39 escalones*—donde son solo un *Macguffin*—, la obsesión de Hitchcock con las escaleras viene desde *Rebeca*, *Sospecha* y *La sombra de una duda* para cristalizar en la escalera del campanario de *Vértigo* (1958) y en las tres de *Psicosis* (1960). Aparte de la tortuosa escalera que sube desde el motel hasta la casa de Norman Bates, tenemos la principal de madera, donde el hotelero cambia de personalidad, y también la que baja al sótano. Sería imposible entender las múltiples identidades de Norman sin estas escaleras que articulan sus trastornos.

La escalera es a la casa lo que el esqueleto a la anatomía y la escaleta al cine: la columna vertebral que sostiene y organiza secuencialmente una estructura, donde cada peldaño equivale a una vértebra. La palabra “escaleta”—al igual que escalera— proviene del latín *scala*, y de ahí al esqueleto no hay más que un paso. En *La llave maestra* (2005) la escalera conduce a la buhardilla donde se guardan los esqueletos. La llave es muy antigua y su forma recuerda un esqueleto estilizado.

En *¿Qué pasó con Baby Jane?* (1962) Joan Crawford abandona su silla de ruedas



+Vértigo en el inventario de los peldaños.

y baja la escalera arrastrándose para llegar al teléfono. La alegoría del personaje escapando, reptando o cayendo de su silla de ruedas, ya la habíamos visto en el enyesado James Stewart de *La ventana indiscreta* (1954), y se multiplicará en el James Caan de *Misery* (1990) y en el John Hurt de *La llave maestra*. Heredera del cochecito de Eisenstein, la silla de ruedas representa un infierno particular del que hay que escapar. Si el mueble rodante reduce a la impotencia, los peldaños devienen intransitables. Todo esto se anunciaba en 1945 en *El ladrón de cadáveres*, cuya trama se despliega alrededor de una niña en silla de ruedas. Hitchcock quiso romper ese maleficio en su cameo más jocoso (*Topaz*, 1969) cuando aparece en una silla de ruedas empujada por una enfermera para de pronto levantarse, saludar a alguien y seguir caminando sin necesidad de la silla, ni de la enfermera. La malvada silla convertida en *egg*.

La escena más recordada de *Al final de la escalera* (*The changing*, 1980, conocida también como *El intermediario del diablo*) es la pelota que cae rebotando hasta la planta baja, pero no menos impresionante es la silla de ruedas infantil que cobra vida persiguiendo a la protagonista hasta rodar escaleras abajo.

En 1982, hacia la mitad de *Juegos diabólicos* (*Poltergeist*), desfilan por la escalera de la casa embrujada unos fantasmas luminosos que se desenroscan suavemente en el aire. En *La casa encantada* (*The haunting*, 1963) Robert Wise nos enfrenta a una siniestra escalera de caracol donde se ahorca una criada. En *El resplandor* (1980) la aterradora Wendy sube de espaldas la escalera del hotel mientras rechaza con un bate al marido poseso que la

persigue. En el reestreno de *El exorcista* (2000) Regan baja por la escalera boca arriba como una araña; de hecho, es la *Aracne* concebida por Gustavo Doré para ilustrar la *Divina comedia* de Dante. La casa de Regan tiene otras escaleras: la plegable que accede al desván donde supuestamente se oyen ruidos de ratas, y la exterior, debajo de la ventana de la niña, donde hallarán la muerte dos defenestrados. El mecanismo de estas tres escaleras es similar a las tres escalas que vimos en *Psicosis*.

La escalera original —la bíblica— parecía haber caído en el olvido hasta que en 1990 Adrian Lyne estrenó *La escalera de Jacob* (conocida en México como *Alucinaciones del pasado*). Al final, el hijo del protagonista aparece sentado al pie de una escalera. Es Gabe, diminutivo del arcángel Gabriel. Con su cara seráfica, Macaulay Culkin lleva de la mano a su padre (Tim Robbins) por la escalera hacia la luz. Hacía falta algo así para resarcirnos de tanta maldad acumulada en este inventario de escaleras escatológicas. —

CARTA DESDE ARGENTINA BUENOS AIRES EN OTRO ORDEN

✎ BRENDA LOZANO

Buenos Aires tenía un orden, un orden de música y libros. Algunos amigos argentinos, tantas canciones, algunos libros, varias veces cantar esas canciones, platicar de esos libros, todas esas líneas que terminaron formando una flecha apuntando al sur: pasé tres meses en Buenos Aires. Era la primera vez que iba a la Ciudad de la Furia, Ciudad Evita, Ciudad Fernet, Ciudad Psicoanálisis. La ciudad de Charly García, Soda Stereo, Illya Kuryaki, Babasónicos, la de los libros de Di Benedetto, Saer, Fogwill y Roberto Arlt. A los dieciséis años leí a Borges, me enamoré y cantaba “me dejarás dormir al amanecer entre tus piernas” como si supiera lo que quería decir, como si entendiera también lo que quería decir Borges y como si él fuera a entenderlo todo con una tímida dedicatoria en el ejemplar de *El Aleph* que le regalé ese verano.

Y es que Buenos Aires tiene un orden sentimental a la distancia. A

pesar de estar allí, uno pasea con la idea que se ha formado a la distancia. El orden de Borges y Bioy: las dos figuras de cera en la cafetería La Biela. El de las míticas cafeterías y deliciosas parrillas. El de Palermo, Recoleta, el de la avenida Corrientes. La librería El Ateneo. El orden del pasado. Pero pronto el nombre de la ciudad, esa sonrisa como de fotografía, cambia su gesto. Da la bienvenida a otros barrios, otras calles, otras cafeterías sin sillas célebres. Un bar perdido, un restaurante sin clientes, un grupo sin futuro en el escenario, una fiesta decrepitamente divertida. Lo que no llega, lo que no viaja, lo que no se publica. Su neurosis, sus problemas. Todo su encanto. Sin olvidar esa distancia que separa a México de Argentina, se hacen evidentes las palabras, las expresiones, las diferencias entre un lugar y otro. Por la noche, con el cepillo de dientes en la boca, al ver cómo el agua se va al otro lado, ver ese pequeño remolino en otra dirección, esa miniatura de la distancia es también parte de su encanto.

Buenos Aires en el orden conocido. El pesado pasado. Pero aún más interesante, brillante y vivo el otro orden. El de hoy, el que está en su vida diaria.

Están las editoriales independientes. Mardulce (el brillante Damián Tabarovsky detrás de la cortina del mago de Oz), Eterna Cadencia (librería-sitcom con librereros que son buenos lectores y un joven sello editorial a cargo de Leonora Djament), Entropía (con sus siempre frescas propuestas, llevada por Valeria Castro), Vox (con muy buenos títulos de poesía), El Cuenco de Plata (un elegante felino con títulos de Simone Weil, Felisberto Hernández, Sara Gallardo, Filloy), Caja Negra, Bajo la Luna, Clase Turista, La Bestia Equilátera, Katz, Mansalva.

En ese otro orden, hay libros, escritores jóvenes, o no tan jóvenes, pero nuevos al fin para quien, como yo, no consigue esos libros fácilmente. Buenos libros, en cualquier caso. Sería oportuno pedirle al hada de las librerías que apareciera una sucursal de Eterna Cadencia para que todos esos libros circularan. Y de vuelta, una librería mexicana independiente

en Buenos Aires. Esa fantasía de todo lector: que se abra el canal de distribución de libros escritos en español, que circulen a lo largo y ancho del idioma.

Ya me puse sentimental.

Con ganas de compartir libros, sugerir jóvenes escritores: Mauro Libertella (*Mi libro enterrado*, Mansalva), Romina Paula (*Agosto*, Entropía) y Selva Almada (*El viento que arrasa*, Mardulce). Dos narradores sorprendentes: Pablo Katchadjian y Iosi Havilio.

Iosi Havilio (1974) no es ningún descubrimiento para los argentinos, pues su maravillosa primera novela *Opendoor* (2006), potente como el temperamento de su narradora, fue bien recibida. Siguió *Estocolmo* (2010) y *Paráisos* (2012). Ninguna de las tres son fáciles de conseguir en México, las tres son igualmente buenas, pues como en el caso de Ibarguengoitia, en los libros de Havilio, más allá de la anécdota está su voz, que puede narrar lo que quiera.

Pablo Katchadjian (1977) escribió *El Aleph engordado*, su primera novela, añadiéndole páginas al cuento de Borges. Su poemario, *El Martín Fierro ordenado alfabéticamente*, es precisamente eso. ¿Romper, cortar, metamorfosarse a los ídolos? ¿Adelgazar *Cien años de soledad*? Algunas preguntas que apelan al arte que se hace hoy. Ordenar alfabéticamente es un orden ilusorio, como pasa con las entradas en el diccionario (palabras vecinas que fácilmente se convierten en melodrama). Ese aparente orden, ese caos con el que empieza todo también para los griegos, es la base de la estupenda novela breve *Qué hacer* (Bajo la Luna, 2010), en la que dos inseparables profesores universitarios, que aparecen y desaparecen en escenarios uno más enloquecido que otro, parecen recordar lo espontáneo, lo melódico. El juego.

En ese otro orden vienen los queridos estridentistas a cerrar ese pasado que bien habla hoy: “Nada de retrospectión. Nada de futurismo. Todo el mundo, allí, quieto, iluminado maravillosamente en el vértice estupendo del minuto presente; [...] vertical sobre el instante meridiano, siempre el mismo, y renovado siempre.” Ese otro orden. Buenos Aires, el de ahora, el de hoy. —